

El mundo de Om

Gema López Pla, 1º de ESO

Era viernes y Annika se despidió de sus amigas con un gesto vago de la mano. "Pero si nos vamos a ver el lunes", pensó. En ese momento no sabía cuán equivocada estaba.

Enfiló la calle de los músicos mientras meditaba qué hacer aquella tarde. Sopesó sus posibilidades y esquivó una pequeña banda de música que iba tocando blues. "Puedo ir al Prater o puedo pedirle a Herr Bodek un libro de aventuras y fantasía en el que perderme toda la tarde. Sí, el Prater puede esperar". Sus pasos la habían conducido a la plaza en la que vivía y se dirigió a una modesta tienda en la que un cartel de madera rezaba: BODEK. LIBRERÍA DE VIEJO.

El tintineo de las campanillas al entrar despertó a un hombre sentado en un sillón al que se le salía el relleno. Sobre el regazo tenía un libro abierto que cayó al suelo cuando el librero se despertó sobresaltado. El escaso pelo que le quedaba era blanco y la piel apergaminada, pero los ojos azules eran como dos pequeñas cuentas brillantes que chispeaban de vivacidad e inteligencia.

—Annika, querida, qué susto me has dado.

—Perdóneme, Herr Bodek, es que estoy impaciente por ver qué nuevos libros ha recibido— se disculpó Annika.

—Mira en esa estantería de ahí, en el quinto estante —respondió con regocijo el librero.

Annika alargó la mano y cogió un libro: EL MUNDO DE OM, leyó la niña. Debajo del título una ilustración mostraba un paisaje de flores exóticas y suaves colinas, pero al fondo, ocultos por la bruma, unos riscos amenazadores se alzaban cerniéndose sobre el valle.

—Fantasía, lo que más te gusta—. La voz de Herr Bodek la sacó de sus pensamientos.

—Gracias se lo devolveré en cuanto acabe.

—No lo dudo, pero ten cuidado. La gente que lo lee dice haber ido a mundos fantásticos y haber conocido a criaturas sorprendentes...

—Descuide —rió Annika.

Una vez en su habitación abrió el libro y empezó a leer: "Todo ocurrió en un lugar llamado Om..." No llevaba ni dos líneas cuando un viento huracanado entró en su habitación. El libro se iluminó con una luz cegadora y las páginas comenzaron a pasar a una velocidad increíble. Y como un poderoso imán, fue arrastrando a Annika hacia él. Lo último que oyó antes de sumergirse en el libro fue la voz de su madre que decía: "Annika, cariño, ya he llegado".

Durante unos segundos solo hubo oscuridad, luego todo se aclaró. Annika se encontraba tumbada en el polvoriento camino de un bosque. Era luminoso, no como los de Alemania, y era... raro. Las copas de los árboles eran auténticos arco iris, el suelo suave y mullido cubierto de musgo, los pájaros volaban hacia atrás y las flores caminaban. De repente vio que se acercaba una pequeña comitiva. Cuando estuvieron a unos pasos, pudo distinguir a sus integrantes: un topo de un metro de altura, un ser con cabeza y cuello de jirafa y cuerpo de león y por último un tejón rayado como una cebra. Los tres se detuvieron e hicieron una profunda reverencia.

Entonces el tejón empezó a hablar: "Saludos, humana, somos omnienses y encargados de explicarte por qué estás aquí. Hace siglos un alquimista creó un libro indestructible del que podría entrar y salir a su antojo. Un lugar donde guardar sus secretos. Creó también a una reina oscura como él, que se encargaría de

custodiarlos. Pero ella en su maldad cerró la entrada y maldijo a todo el que intentara entrar.

Debes superar tres pruebas. Si lo consigues volverás a tu mundo, si no, permanecerás aquí eternamente”.

Annika recordó demasiado tarde las palabras de Herr Bodek: "La gente que lo lee dice haber ido a mundos fantásticos y haber conocido criaturas sorprendentes..."

La voz del tejón la devolvió a la realidad: "Tu primera prueba consiste en quitarle a la sirena Coraline su collar de perlas. Cuando toques este reloj dorado aparecerás en su palacio submarino. No temas, podrás respirar”.

Dispuesta a creer en todo, Annika tocó el reloj.

“Buena suerte”, gritó el tejón. Un torbellino de colores y...agua. Annika comenzó a nadar en dirección a un palacio de nácar. Al final de un corredor, en una enorme ostra, reposaba la criatura más bella que nunca había visto. Coraline era esbelta, su cola color zafiro, el pelo rubio ensortijado, los labios carmesí y los ojos azul agua marina. En su níveo cuello lucía el collar de perlas engarzadas en coral rojo.

—Saludos, Coraline. Soy Annika, una humana.

—Vaya, otra. ¿Tú también quieres mi collar de perlas, ingenua? —dijo con voz musical—. Es mío; ofrécame algo comparable.

Annika se desprendió un broche de mariposa del pelo. Estaba cubierto de pequeñas turmalinas y sus antenas eran de oro blanco. Había pertenecido durante generaciones a las mujeres de su familia.

—Mira mi broche, es más bonito que tu insulso collar. Pero si no lo quieres me voy. Es una lástima, haría juego con el color de tus ojos.

—No, espera, quédate con mi collar a cambio de tu broche. Rápido, lo quiero —ordenó Coraline con soberbia.

—Está bien, toma, cuida de él, es muy valioso.

—Claro, claro, pero ahora vete, quiero contemplarme en el espejo.

Así que Annika empezó a nada a mar abierto. En un coral encontró el reloj, lo tocó y volvió al camino.

—Bravo, has superado la primera prueba y con ella a la ambiciosa Coraline. La segunda consiste en adivinar. Sigue así y podrás volver a tu casa en un suspiro —la animó el tejón.

Annika tocó de nuevo el reloj de oro y ¿nada? Sí, imágenes fugaces de su vida.

De repente una voz de brisa recitó: “Soy un quiero y no puedo, un soy y no estoy, soy efímero y duradero, ¿quién soy? Adivina, que fácil es, pues gracias a mí hay un antes, un ahora y un después”.

Annika perdió la noción del tiempo mientras pensaba. Era una niña tenaz e inteligente. Sus pensativos ojos grises lo demostraban. Al final, con un suspiro de alivio, musitó:

—Eres el Tiempo.

—Correcto. Puedes volver al bosque. Suerte.

La voz se extinguió y el reloj dorado descendió del aire, Annika lo cogió y al instante al ya familiar camino.

—¡Maravilloso, espectacular! —el híbrido jirafa-león movía la cola con júbilo.

El topo sonriente le indicó la última prueba: “Debes llevar todas las flores del prado oloroso a Burraburriash, el oso de las cavernas. Buena suerte”.

Tocó de nuevo el reloj y... aroma a flores dulzón y empalagoso. Annika se encontraba en un valle y al fondo los riscos de la ilustración que había en la portada del libro. Al pie de los riscos había una gran caverna a unos cincuenta metros de donde ella estaba. Cogió una flor que era del tamaño de su pierna y... ¡oh, sorpresa!, pesaba unos doce kilos. Miró el prado y calculó que al menos habría unas cien flores. Difícil tarea.

Annika llevó la flor a la cueva. Dos, cinco, dieciséis, veinte... Los brazos le ardían, las

piernas se le doblaban y el sudor le corría por la espalda. Pero siguió flor tras flor. Al final dejó caer la última a la entrada de la cueva. Entonces un rugido tremendo la envolvió e hizo desaparecer todo el cansancio.

—Eres muy valiente, tenaz y persistente —un tremendo oso blanco de cuatro metros se reía profundamente—. Gracias, yo no puedo cogerlas, las rompo sin querer. Toma el reloj y gracias de nuevo, amiga mía.

En el polvoriento camino el topo la esperaba con un reloj plateado.

-Toma, Annika, te lo has ganado. Este reloj te llevara a casa. El collar de Coraline es tuyo. Hasta siempre.

Annika tocó el reloj plateado y... en casa, su cama por fin.

Su madre entró en el cuarto.

—Annika, hija, te estoy llamando y no contestas. Acabo de llegar.

—¿Que acabas de llegar?

—Sí. ¿Ocurre algo?

—Nada, mamá, nada.

Cuando su madre se marchó Annika pensó que lo había soñado. Entonces algo frío le golpeó el cuello. Era el collar de Coraline. No había sido un sueño.

Su madre la llamó desde la cocina: “Annika, he comprado flores, ven a verlas”.

¡Flores! No quería verlas en mucho tiempo.